

MARTINA BARROS DE ORREGO

RECUERDOS DE
MI VIDA

E D I T O R I A L O R B E

SANTIAGO ————— 1942

Mi tío, viendo tan acongojada a su mujer con esta desgracia, la mandó a España con sus hijos menores, en la esperanza de que el ambiente de la patria mitigase su pena; pero, para mayor dolor, durante el viaje murió su niño menor y tuvo que sepultarlo en el mar, en donde dormían su madre y sus hermanos! Poco después de su regreso a Chile perdió a su marido, pero soportó con entereza todas sus desgracias. Vivió hasta los noventa años siempre bonita, dulce y graciosa, pero inválida; no podía moverse de un sillón, salvo cuando sufría algún ataque de sonambulismo porque, entonces, se movía con agilidad suma.

Pensando en la trágica vida de mi tía Margarita Maroto y en la mucho más brillante, pero no menos trágica de su amiga y émula de belleza durante sus años juveniles de Madrid, de doña Eugenia de Montijo, una se siente inclinada a imaginar que quizás tiene alguna verdad el amargo verso de Calderón: ¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Augusto

Llegó luego para mí el amor de verdad y tal como lo anhelaba. La casa que ocupábamos en la

calle del Dieciocho estaba dividida en dos, por una especie de tabique o palizada, en los pasadizos y patios. Nosotros ocupábamos ya una mitad cuando llegó a habitar en la otra la familia de don Antonio Orrego, que tomó también los altos que daban al frente de la calle. En estos altos se instalaron los hijos hombres y, como los balcones de esos altos que miraban al interior, dominaban el medio patio nuestro, los podía ver, a toda hora, desde mi propio hogar.

El que me llamó la atención desde el primer momento, fué Emilio que tenía cierta "pose" de buen mozo cuando se dejaba ver en su balcón. Augusto, en cambio, estaba siempre inclinado sobre los libros, indiferente a todo y me hizo el efecto de raro. Un día 8 de Septiembre, fuí a saludar, en el día de su santo, a su hermana Mercedes y me dejaron a comer con ellos. Desde que se sentó a mi lado Augusto, me sedujo con su palabra fácil y elocuente y con su ilustración, que me pareció extraordinaria. Al regresar a mi casa le dije entusiasmada a mi mamá: "Aquel raro que divisábamos en el balcón es todo un hombre, con talento, elocuencia y erudición, con maneras finas y nada retraído, como lo creíamos." Sin embargo todavía

yo estaba lejos del amor, me atraían solamente su inteligencia y su cultura.

Por felicidad la impresión que yo le dejé debió ser buena porque aquel joven, que sólo vivía encerrado, estudiando, comenzó a salir a la puerta de la calle, que nos era común, con sólo el tabique improvisado de por medio, que dejaba una hoja de la puerta para cada casa. Allí conversábamos largo todas las tardes hasta que oscurecía. Esto de salir a la puerta de la casa, después de comer, era corriente en aquellos años en que se comía a las cinco de la tarde y después no había nada que hacer; resultaba, pues, un entretenimiento el ver pasar a los muchachos que paseaban la calle; hasta las señoras salían a sus puertas.

Como supe que Augusto escribía. me permití pedirle que me proporcionara algo suyo para conocerlo como escritor. Inmediatamente me mandó varios cuentecitos con una dedicatoria que me trastornó. Comenzaba así:

“A Ella.

“Pobres páginas hijas de mi dolor y mi des-
 ” gracia, yo os envidio! Váis a estar al lado de ella;
 ” acaso os mire bien, acaso os quiera.

" Pobres páginas, si Ella os pregunta de dón-
" de habéis salido, decidle que sois hijas de un
" rayo de Luna y un latido de mi corazón; de una
" Luna que Ella quiere tanto y que tantas veces
" ha venido a besar su pura frente; de un latido
" de mi corazón que ama, sufre y espera; pero
" ama sin ser amado, sufre sin ser comprendido
" y espera sin tener una esperanza."

En este tono continúa manifestando sus primeras impresiones del amor y la inquietud de no ser correspondido, hasta concluir con esta citación de el Petrarca, según él:

"Sentire ¡Oh Dei! morir
e non poter mai dir
morir mi sento."

La impresión, que esta dedicatoria me produjo, fué enorme, pues hasta ese instante nada me hacía sospechar siquiera su cariño. Nuestras conversaciones habían sido exclusivamente literarias y las satisfacciones que ellas me producían eran únicamente intelectuales. Junto con sentir el estallido de su corazón se produjo en mi alma la

duda, la horrible duda de no poder corresponder a su amor. No me sentía enamorada y, en conciencia, yo debía decírselo; pero eso lo haría sufrir y, sobre todo, lo alejaría de mí y no quería exponerme a eso. Esa tarde misma debía verlo, como siempre, en la puerta de la calle y no podía evitarlo porque eso habría significado un rechazo, que no era lo que quería. En medio de mi angustia y de mis lágrimas, resolví abrirle mi corazón, con toda franqueza y decirle la verdad. Así lo hice, pero tan turbada y con una impresión tan profunda que le dijo más, mucho más mi turbación que mis palabras inciertas y balbuceantes. Sin embargo, saqué fuerzas de flaquezas para cambiar la conversación y decirle que sus cuentos eran lindos, pero que su citación no era del Petrarca sino de Metastasio, que yo acababa de leer. Esto, lejos de enfriarlo, lo ligó más a mí concediéndome mayor valer intelectual del que tenía.

Cuán cierto es lo que dice Oscar Wilde: que las mujeres aman con los oídos. Así entró el amor en mi alma, se escurrió sin sentirlo y me dominó de tal manera, que viví seis años pendiente de sus labios, tratando de adivinar lo que podía hacerme grata a sus ojos y mantenerle su cariño has-

ta llegar a casarme, el 10 de Junio de 1874. Durante esos seis años de noviazgo me retiré casi totalmente del mundo social y me dediqué a leer y a trabajar intelectualmente, sin descuidar la costura que poco o nada había practicado hasta entonces; pero que, ahora, quería dominar pues comprendí que, dada la vida modesta que debía llevar una vez casada con un hombre de trabajo, ella me era indispensable.

Un día me mandó Augusto un libro de Edgar Quinet, y como no me atreví a decirle que no sabía francés, hice que Manuel mi hermano me tradujera cierta parte de él que, con esa adivinación tan femenina, comprendía que era la que encuadraba con mi carácter y mi situación, y así salvar la dificultad. Al comenzar uno de los capítulos decía: "Prefiero no amar nada, no creer nada, que creer o amar algo a medias". Esto me satisfizo y me bastó para devolverle el libro en seguida, diciéndole que eso era lo que había encontrado de más bello. El resultado fué espléndido, pero me mandó inmediatamente las Contemplaciones de Víctor Hugo. No desmayé y con asiduidad y constancia sin iguales me dediqué a estudiar francés, sin más auxilio que un Ollendorf y un diccionario;

para aprender a pronunciarlo leía un poco, todas las noches, con el doctor Vanzina, el mismo romántico doctor italiano que habíamos conocido en Talca, que ahora frecuentaba mucho nuestra casa. Así aprendí todo lo que sé de francés, ¡qué tanto puede el amor en el alma de una mujer que ama!

Desde mis primeros años tuve gran afición a la lectura, que mi tío Diego estimulaba, dándome libros interesantes e instructivos. Más tarde, cuando ya pude leer en francés, mi gran entusiasmo fué Lamartine. Graciela, Jocelyn, sus Poesías y sus Confidencias me hicieron encontrar, en él, un afecto tan hondo que cifraba mi mayor dicha, el supremo anhelo de mi vida, en conocerlo. Cuando, en seguida, leí "Los Girondinos" creció más mi entusiasmo no solamente por él, sino por su obra. Chateaubriand fué otro de mis favoritos, Mdme. de Stael me cautivó con su Corina y Mdme. de Sevigné con sus cartas. Pero un buen día Augusto me regaló las Obras de Shakespeare con una preciosa dedicatoria que dice: "Hay libros cuyas hojas, como las de la siempreviva, nunca mueren; éste es de esos libros, emblema de mi pensamiento, recuerdo de mi amistad. Febrero de 1869." No

tengo para qué agregar que el atractivo de esas obras superó al de todas las demás y que este libro ha sido el fiel compañero de mi vida entera, hasta ser el inspirador de uno de mis primeros trabajos literarios.

Sin embargo, el contacto con hombres de letras y mis conversaciones frecuentes con Augusto me inclinaban ya a compartir estas lecturas con otras más serias, que me imponían de los problemas sociales y de los grandes trabajos sobre esos temas, y me empecé, también, en conocer un poco la literatura española; comencé, felizmente, por los poetas clásicos que me encantaron.

Augusto fundó, por esos días, la Revista de Santiago, en compañía de Fanor Velasco. Esta revista tuvo gran aceptación y en ella se insertaban, constantemente, trabajos de aficionados a las letras. En mi deseo de contribuir con algo a esa empresa me dediqué a hacer traducciones. En esos días me prestó Guillermo Matta el libro de Stuart Mill, "The Subjection of Women" que me interesó vivamente; estimulada por Augusto, me propuse traducirlo, para publicarlo en la revista. La traducción apareció, precedida de un Prólogo, que lleva mi firma y expresa mis ideas en esos días, pero

cuya redacción fué casi exclusivamente de Augusto.

Como era natural, esa traducción de una obra que desarrolla ideas tan nuevas, y sobre todo el prólogo, de una niña tan joven como era yo entonces, llamó la atención entre los hombres de letras y me llovieron las felicitaciones, entre las cuales conservo una muy entusiasta de Benjamín Vicuña Mackenna, que era, entonces, Intendente de Santiago, y otra muy bondadosa de don Miguel Luis Amunátegui que ya gozaba de una bien ganada situación política y literaria; ambas cartas las conservo con no pequeño orgullo. En cambio asusté a todas las mujeres que me excomulgaban, a velas apagadas, como niña peligrosa. Las chiquillas mismas, mis propias amigas se me alejaron como si se hubiese levantado una valla que nos separaba en absoluto. No necesitaba de ellas y continué mi vida, entregada por entero a mis afectos más hondos, pero sin volver a hacer publicaciones que no convencían ni alentaban más que a los ya convencidos y causaban pavor a aquellas que deseaba estimular. No nací para luchadora.

Entretanto Augusto, mi prometido, mi novio ya, estudiaba Medicina y en sus ratos de descanso

escribía y publicaba sus trabajos, que siempre llamaban la atención.

Por entonces vinieron a Santiago las primeras compañías francesas de opereta y, tanto las piezas como su representación misma, causaban gran escándalo y, por lo mismo, atraían numeroso público. Augusto condenó la vida entera esa clase de representaciones y, como además quería evitar que yo me aficionase a esa clase de espectáculos que consideraba perniciosos, escribió artículos, en la prensa diaria, sobre el Alcázar Lírico—así se llamaba el teatro en que tenían lugar esas representaciones—que causaron una gran sensación en todo Santiago. Como se firmaba con un seudónimo, se hacían las más curiosas conjeturas y se indagaba con verdadero interés el nombre del autor; por cierto que se daban los nombres más respetados en las letras, en aquellos años, como del autor de esos artículos, sin pensar jamás en que pudiera ser un joven. Yo, que sabía quién era, por fin lo dije, pero no se me creyó, hasta que el propio Augusto lo divulgó. Así comenzó su reputación periodística; del modo más brillante y honroso, entró, en esta carrera, con paso tan firme y seguro, y desde esa época tan lejana, fué adquiriendo, cada día mayor

importancia y respetabilidad, entre los hombres de letras y en el público en general.

Este primer triunfo suyo lo fué también mío y en sumo grado. Aquel muchacho modesto y retraído, que muchas de las personas que me rodeaban y me dispensaban su amistad lo encontraban insignificante, pasó de un golpe, a ser una notable y brillante personalidad. La muchacha que era yo entonces, se sintió triunfante por haber descubierto ese talento antes que nadie y orgullosa de su elección. Poco después la epidemia de viruelas que nos invadió el año 72, lo llevó a los lazaretos, donde vivía entregado al cuidado y atención de los variolosos. Por ello obtuvo una medalla de oro, honor que le confirió el Gobierno por sus servicios; éste fué otro de nuestros triunfos.

El año 74 recibió su diploma de médico e inmediatamente nos casamos.